

EL AÑO QUE VA A PASAR

Discusión sobre informática

Con el ingeniero Luis Torrijos discuto, con absoluta prudencia por mi parte dado su saber en este campo, cuanto se refiere a la informática como origen de una filosofía existencial que me parece, sea dicho ya en principio, un puro y desacomodador idealismo. No hablo, pues, de la informática como herramienta circunstancial o como aplicación concreta —cuyos frutos me parecen indiscutibles— sino de la informática como generadora de un orden de vida en cuyo seno no veo que quepa el hombre actual y, por tanto, tampoco su sucesor si no media una revolución que innove los principios referenciales socio-morales y permita construir un hombre nuevo simétrico a lo que podríamos llamar la metafísica informática.

Porque la informática tiene su metafísica. Es más, todo orden de principios que exigen del ser humano una toma de conciencia radicalmente distinta, cualitativamente distinta, se mueve en la aspiración metafísica, en la exigencia metafísica, o lo que es igual, en la necesidad de grandes y distintos conceptos formales o contenidos de conciencia. La metafísica es una explicación del mundo en profundidad, jamás una superación del mundo mediante la trascendencia idealista.

La informática nos sitúa, creo yo, ante un hecho de importancia total: la incapacidad del ser humano perteneciente a la actual cultura, o cultura judeo-cristiana con su aplicación liberal-burguesa, para acomodarse en exigencias radicales que trascienden esa cultura y exigen, por tanto, digamos de paso, su destrucción. Tal vez convenga decir antes que nada que la informática plantea no una aplicación distinta de la existente inteligencia —como quieren hacernos creer sus postulantes— sino la invención de otra inteligencia. Y de ahí viene el drama que la informática ha introducido en el mundo como tecnología de fronteras, como explicación técnico-científica de los procedimientos. La informática: no cuestiona únicamente la capacidad del ser humano para asimilarla operativamente sino que llega a plantear implícitamente la menesterosidad del hombre vigente, del hombre actual, para asumirla con energía creadora de inéditas plenitudes. Es decir, lo que yo le planteé desde

el primer momento al brillante y ágil ingeniero Luis Torrijos es una cuestión que debemos situarla subyacentemente o prologalmente a la informática como mecanismo de aplicación: saber si la informática puede producir una nueva forma o modo de sociedad, con poder para suscitar las integraciones que califican positivamente a las nuevas propuestas, o bien la informática ha de reducirse a reciclar desde «adentro» una sociedad que paradójicamente no cabe ya en sí misma, dado su agotamiento inventivo. Creo sinceramente que la informática ha de producir daños muy hondos para las clases sociales menos favorecidas dentro de la cultura actual si no se procede, previamente al desarrollo informático, a realizar una revolución económico-moral que sitúe el desenvolvimiento informático en otro orden de peticiones éticas y sociales. Esto es, la informática no la veo como revolución sino como obturación o límite de la libertad conseguida del hombre mientras informatizarse sea simplemente, y como decíamos antes, un orden de eficacias concretas, desgraciadamente al servicio de unas pretensiones que no se han innovado en sí mismas, como son los objetivos hacia los que se mueven, ticamente, los actuales poderes sociales.

Hubo un momento de la discusión en que Luis Torrijos usó de un argumento poderoso, facialmente poderoso, yo creo que superficialmente poderoso, para sacar adelante su concepción de la informática como un modo o forma, repetimos, de crear la nueva sociedad a la que todos aspiramos de alguna manera. Luis Torrijos advujo que las resistencias a la informática provienen de quienes no aceptan que la computadorización y robotización del mundo no es más que una forma de sofisticar la cultura del martillo. «*Quien es capaz de manejar un martillo como herramienta creadora* —dijo Luis Torrijos— *no puede negarse a usar la depuración operativa que supone lo informático*».

El argumento me pareció hábil, pero profundamente falso. Veamos por qué. Yo creo que la grave cuestión que la informática nos plantea es que pertenecemos, precisamente a

la cultura del martillo, lo que apareja toda una serie de filosofías, conceptos adaptativos y contenidos de conciencia que nos dibujan un hombre precopernico. Esto es, lo que me parece insalvable precisamente es que al ser de la cultura del martillo se le transfiera abruptamente a la propuesta informática, que supone otra concepción de la esfera celeste y una distinta forma, por tanto, de concebir todas las navegaciones. Creo, como ya he señalado, que esta resituación del hombre ante sí mismo y ante lo ajeno —si es que puede hacerse tal distinción— no puede abordarse sin transitar durante el tiempo preciso por el tracto revolucionario. Sin quebrar revolucionariamente la estructura de concepciones correspondientes a la cultura del martillo no puede entrarse por la informática con la ambición de que suponga la apertura de un nuevo capítulo en el realizarse humano. Lo que sí cabe decir es que la asunción del proceso revolucionario presupone la interacción entre la voluntad subjetiva de cambio y las alteraciones que sufre la relación objetiva de las cosas en virtud del proceso técnico-científico que no podemos ignorar en modo alguno.

Luis Torrijos me escuchó atentamente en mis alegaciones y concluyó que pese a cuanto yo decía él se sentía optimista ante el futuro, que veía dibujado como un mundo liberado de servidumbres materiales que incapacitan al hombre por su felicidad. Votó, pues, por la informatización del mundo, cosa que yo no asumo con esta sencillez, culta desde luego, con que Luis Torrijos aborda la cuestión. Me pareció que Torrijos exhibía una fe muy propia de la cultura del martillo, que es la que no cabe precisamente en la pretensión informática tal como yo la observo, o mejor, la presento.

El problema radica en saber hasta qué punto resistiremos al cambio que exige la historia. La cuestión de la voluntad sigue constituyendo otro gran tema para la discusión, se haga desde el idealismo —repleto de sustancia de voluntad— o desde el materialismo, demasiado dado a menospreciar la intervención subjetiva sobre el curso del quehacer humano.

(\*) Escritor

Pax hispanica

«Hizkuntz gerratea, gerrate zabalago baten aurpegia baizik ez da». Gogoz izenpetzen dudán esaldi hori Calvet-ena da.

Gataska horretan (Calvetek «guerre-dio frantsesez»), hizkuntzaren aukera egin ezin dezaketen elebakarrak daude, batetik. Hauengan multzo-marka hutsa da hizkuntza. Beren mintzaira bakar hori inposatzen dute ingurutan. Eta sinetsi nahi ez badute ere, huts egiten ez duen armada ezin erradikalago baten soldadu leialak dira. Gurean «erdaldunek» osatzen dute armada gogor hori. Zenbaitek, gutxi, «ezpata» bat omen daramate bihotzean. Baina lehenago ikasten dute ingelesaz cuskaraz baino. Hauek, hitz batez, ez daramate ezpatarik, ez arantzarik, eta ez ziztada aztarrenik. Lasai bizi dira español gisa, okupazioko armadarekin bat eginik. Zehazki hitz egitekotan: ez dira abertzaleak. Español norteñoak dira.

Elebidunek, berriz, «euskaldunak» herriaren hizkeran, aukera egin dezakete: beren artean daudenean, batera edo bestera egin dezakete. Eta hautaketa horretan lorura bat hausten da, eta beste bat sendotzen. Aukera oso seinale argitsua da: zernahi esanagatik ere, erdaldzaleak nahiago du Españarekin loturik jokatu, Euskal Herriarekin baino. Erdaldzaleak okupazioaren alderdia hautatzen du. Eta hori oso seinale larria da. Eslovenian, Kataluñan, Georgian, abertzaleek hizkuntza nazionala hautatzen dute.

Hemen «argi gorri guztiak piztuta daude», Larranagak behin eta berriz gogorazi duenez. Hala ere, hemen «hizkuntz gerraterik ez dagoela» esaten dutenek, «gerrate zabalago» hori ukatzen dute. Pozik bizi dira Erdal Herrian. Eta, hitz batez, eta barka berriro, ez dira abertzaleak: eta Madrillerekin bat eginik daude. Beraien jokabide linguistikoak azpiko jarrera politikoa salatzen du.

«Bakea behar diagu» diote. «Pax Hispanica habemus». Vale, beraz.

TXILLARDEGI

hemeroteka

«Rock»

(Rosa Montero, «El País», 6-8-88)

Los ídolos son como el espejo de Blancanieves: un reflejo mágico y mentiroso en el que los fans juegan a verse. Agosto nos ha otorgado el gracioso advenimiento de dos ídolos, dos, de divisa americana y estirpe rockera. Son dos versiones del mundo contrapuestas.

Springsteen es la alegoría de la integridad de la nada al éxito sin perder sus bíceps de minero, sus manazas de conductor de camiones y su rudo perfil de obrero irredento. Tiene algo de *rossoniano*, de triunfo final del buen salvaje. Junto con un mensaje de honestidad y coherencia que no viene mal en estos tiempos.

Pero quien más me inquieta y me fascina es Michael Jackson y su peneño y torturado trayecto hacia la nada. Porque dicen que Jackson se ha sometido a innumerables escabechinas estéticas para convertirse en un blanco, pero a mí se me ocurre que su principal ambición consista no ya en ser otro, sino en dejar de ser quien era. Es como la película *Zeitig*, de Woody Allen, cuyo protagonista mutaba camaleónicamente según lo que los demás pedían de él: entre judíos se convertía en un rabino, y entre varones rijosos se metamorfoseaba en rubia esplén-

didá. Era el ejemplo de la adaptabilidad suprema, de la falta de identidad que impone esta sociedad competitiva.

Jackson, que fue niño prodigio y lleva desde la infancia sometido a las leyes del mercado, se ha convertido en *Zeitig*. Quiere agradar a todos, quiere vender sus discos a todos, y para ello ha tenido que deshacerse y diluirse. Porque la identidad establece fronteras y enemigos. Y así, no es ni blanco ni negro, ni joven ni viejo, ni hombre ni mujer. Es el cero absoluto, una ausencia revestida de púrpura, el triunfo por la vía cibernética. Michael Jackson no existe.

Ahí están Jackson y Springsteen, dos imágenes opuestas. Y los jóvenes que asistan a ambos conciertos quizá se pregunten qué vía es preferible, el *vuppismo* o la memoria, la indeterminación o la entereza. No es una opción baladí. A fin de cuentas, el rock parece seguir teniendo una trastienda ética.

Desahogo de Morán

(Emilio Romero, «OTR/Press», 6-8-88)

Fernando Morán, ex-ministro de Asuntos Exteriores, se ha desahogado en El Escorial, aunque con

exquisita prudencia, diciendo que «hay un deslizamiento con freno hacia la estructura militar de la OTAN», y Fernando Morán tiene más razón que un santo. La OTAN, Europa y los Estados Unidos de América, no están de acuerdo con las tres condiciones que el Gobierno socialista puso al referéndum de 1986. (...) Eran tres cosas que no se correspondían con la estrategia defensiva europea y norteamericana, pero que era la hipoteca que los socialistas tendrían que pagar, ante los españoles para seguir en la OTAN. Sin estas tres limitaciones nos convertiríamos en observadores y en oyentes en Bruselas. Ya se cumplió una de las tres

limitaciones y se decidió sacar a los cazabombarderos de Torrejón, mientras que los recibían los italianos. Estamos ahora mismo en la discusión sobre lo nuclear y tendremos que aceptar el tránsito, y no el aposentamiento, del armamento nuclear. Esto es «un deslizamiento con freno». Y en cuanto a no formar parte de la estructura militar lo resolveremos de otra forma, y que será una relación aérea y naval con fuerzas de la OTAN tanto en nuestro territorio como fuera. A esto se le ha llamado «bases para la coordinación». Por lo tanto tiene razón Fernando Morán: «Es un deslizamiento con freno».

Fernando Morán fue cesado

